

Festival del Centro Histórico

La Novena de Beethoven en el Zócalo

por Carlos Fuentes y Espinosa

Agora colosal, orgánulo de nuestra intrincada historia nacional, cuyos cimientos se entretrejen de la sangre de tus hijos y las cenizas de tus volcanes, ¡cuántos millardos de cuentos has contemplado! Tu semblante, impreso en el corazón de tus hijos, se trastoca y prosigue. De tus centros, donde en otros tiempos desfilara inmóvil aquel corcel con su jinete decadente, una protuberancia se erige con los drapeados tricolores que el viento acaricia, caprichoso e inquieto. Un tinglado espacioso en uno de tus flancos, el occidental, se yergue impaciente. El sol te mira desde el poniente, jugueteando con tus sombras. Plaza ancestral y magna, representas a tu pueblo en una lista que han dado en llamar Patrimonio Cultural de la Humanidad. Guardas entre tus recuerdos los restos nonatos de un renglón evanescente de historia, mas un aro cromado en tu seno revela el arcano que todos conocen: te nombran Zócalo, porque debajo de tus baldosas escondes la basa de un sueño trunco.

Es domingo. Pasó la hora tercia ya. Aguardas. En unos instantes albergarás los sonidos de una creación monumental de un genio extranjero. Ella también está inscrita en ese registro que pretende atesorar los grandes logros de la especie. En tanto, una orquesta (la Filarmónica Juvenil “Armando Zayas” de la Ciudad de México) rememora música que bailaste cuando florido eras, la de los salones decimonónicos, animando tu espíritu, también el de los transeúntes y paseantes.

Pronto, ese tradicional festival anual (del Centro Histórico) que cuenta su trigésimo cuarta primavera, será concluido en tu querido y requerido cuerpo. Poltronas en hileras circundan el escenario. Serán insuficientes para acoger a los peregrinos en busca del bálsamo musical. Los balcones y terrazas de tus viejos compañeros, esos señoriales edificios que te rodean, se convierten en observatorios donde curiosos tienen la mirada en ti. Una isla entre los asientos interrumpe el esquivo fluir de los asistentes al igual que la visibilidad. En ella, periodistas y técnicos capturarán la imagen y los sonidos del acontecimiento para la posteridad.

El reloj de la catedral marca las seis de la tarde. El público se apresta, los músicos



Clausura del Festival del Centro Histórico en el Zócalo

y cantantes, también. Una nube danzarina en negro y blanco muta su forma; son los ejecutantes de la orquesta (Filarmónica de la Ciudad de México) que ocupan sus sitios, preparan sus instrumentos. Una voz de bajo cubre el espacio, anunciando la inminencia de la Novena Sinfonía Coral en Re menor de Ludwig van Beethoven. El silencio creciente de la concurrencia concede una aparición a los murmullos de las inmediaciones urbanas. Un nutrido grupo de cantantes, provenientes de diversas agrupaciones (Coro de la Secretaría de Marina y Coro Filarmónico de la UNAM) se dispone a cantar. Con paso firme camina hacia el estrado un joven violinista de cabellera de ébano, su nombre es **Scott Yoo**, cuyos amplios epicantos confiesan su origen en el país del naciente sol, ha dirigido esa institución durante dos años y lo hará hoy, veinticinco de marzo del año dos mil ocho, octogésimo noveno aniversario natalicio del notable pintor mexicano, Humberto Carrasco.

Zócalo capitalino mexicano, sostienes un muestrario de tu pueblo en esta actividad. Todos orígenes, todas fisonomías, todas expresiones, todas idiosincrasias, todos intereses, todas jerigonzas, todos oficios, todas edades, todos colores de tu nación citaste en ti esta tarde como alegorías de los diversos elementos de los que se conforma tu patria.

La batuta se alza y comienza a esbozar figuras en el aire. Los sonidos las obedecen. Los primeros compases, adustos y clamorosos, esperanzadores e inquietantes, penetran poderosos el aire. Algunos sonrñen, otros se asombran, algunos más, cierran los ojos, escuchan. Un guardia de pocos años, con rostro inexpresivo, sincroniza su vista con los movimientos del director. No es infrecuente que algunos parvulillos, a hombros de sus padres, emocionados, imiten los movimientos del maestro concertador.

El día muere, la música victoriosa del inmortal Beethoven nace. En el flanco sur, encimadas, unas letras mendaces y groseras, de colores chillones cual su vulgaridad intenta profanar el nombre de tu ciudad con abreviaturas abruptas y grotescas. Ante ellas, un grisáceo mendigo al que nadie advierte siente con dolor la música, apretando los puños. Los presentes en tu suelo, Zócalo, delegan la memoria del momento en sus



Elenco de la Novena de Beethoven

aparatos de moda, de veinte usos, alzando los brazos en todas posturas para accionar las cámaras, estorbando la visión a los demás.

Cuerdas y vientos se entrelazan en los vericuetos del genio de Bonn, subyugando a los asistentes. Esa singular sensación que recorre los teatros y auditorios del mundo entero cuando suena la buena música se apersona en esta ocasión, aunque de manera diferente, quizá más honestamente aún. Volutas momentáneas de remembranzas felices se mecen en el aire tibio al son de la música, acaso se divisan en ellas formas fantasmales que por segundos semejan rostros, quizá los de Klemperer, Stokowski, Walter, Furtwängler, otros... ¿Los notas? Quien dirige la mirada hacia la arista este observa una pareja de cierta edad salir apresuradamente de un coche, cruzando hacia ti, Zócalo, para deleitarse con la música.

Inexplicablemente, el volumen del sonido electrónico es mínimo, pero tú lo comprendes, Zócalo, y generoso devuelves un segundo después las sonoridades que percibiste, enriqueciendo en modo *sui generis* la audición.

Desparpajados, muchos individuos de corta edad agitan los miembros al ritmo de las notas, probando que conocen la partitura al dedillo, aunque sea “de oídas”. El segundo movimiento toma por sorpresa a algunos que reconocen el inicio que sacude al oyente, se jactan en encontrar el bosquejo de melodía que anuncia el clímax posterior tan esperado.

Cruza el cielo impasible el mitológico cazador Orión, Zócalo, que tus antiguos pobladores verían como un metate, cuya asa fuese el cinturón para los griegos. La Luna en creciente sigue, renuente, la constelación antropomorfa. Ambas te contemplan, Zócalo, embebidas en tu vistosa fiesta de hoy, celebrando la anhelante paz del tercer movimiento, que encanta con su exquisita lozanía, con su nivea belleza, que infunde aliento con su candor sublimemente expuesto. ¿Es verdad que esta prodigiosa e imponente magnificencia la creara un varón privado del oído? Debió ser ungido por deidades.

Una pausa entre tiempos recuerda a todos tu compleja vida, Zócalo, con las frecuencias de tambores que acicatean las danzas de carácter prehispanico, envueltas en nieblas de copal, uniéndose involuntarias al festín de notas.

Los solistas, dos pares, se enfilan hacia sendas posiciones. El cuarto movimiento detona la emoción de la identificación repentina de un amigo. Los colores instrumentales del compositor alemán recorren los estadios del alma humana. Dentro de sus mentes, tantos entre los escuchas dan vida a esa imagen significativa del avejentado maestro, cuyos ojos se enmarcaban por unas cejas profusamente pobladas que denotaban una intensa tristeza, que en un trágico estado de sordera avanzada seguía el estreno de su composición atento a su partitura.

El bajo (**Carsten Wittmoser**) declara ‘O, Freunde’ (‘Oh, amigos’) como exhorto contundente que recurre a sinuosos trayectos que andará descalzo adelgazando y falseando la voz, alcanzando la cima brillante, esa melodía triunfal que es un canto épico conmovedor, contagiando a los demás que la reflejarán como un estanque reverberante al rayo lunar, cuyo grosor atronará grandioso, fragmentándose en flotantes desfiles que delineará el tenor (**Alan**

Pingarrón). Un momento instrumental que refrena la inmensa gloria unos instantes para desfogarla con toda vehemencia en un himno precioso de vigor deífico que cabalga hacia las cumbres para desplegar sus alas hasta las alturas de los ideales de la raza humana: ‘Freude, schöner Götterfunken, Tochter aus Elysium...’ (‘Alegría, hermosa chispa de los dioses, hija del Eliseo’); poeta literario, Friedrich Schiller; poeta musical, Beethoven. Sus hijas se funden en comunión virtuosa.

En momentos y circunstancias terribles para el humano, que en todo el orbe se recitara este himno fue la bienhechora petición del célebre músico catalán Pau (Pablo/Paz) Casals, quien abrevaría en la obra para su propio poema sinfónico, su plegaria de paz, *El pesebre*. La pantalla al costado del proscenio, vigilada por centenares, enfoca una linda figura femenina de voluptuosa silueta. Es una mezzosoprano del coro naval, **Ana Paola Vaqueiro Menjívar** parpadea absorta mientras pronuncia cantando. El genfío lee de vez en vez los altos versos de la Oda, retratados en castellano por el conocido zahorí de las lenguas, el jorguín de los sinónimos, **Francisco Méndez Padilla**.

En el codicilo final de este legado sin igual, dos damas se entregan a los vórtices concluyentes, la soprano **Gabriela Herrera** y la mezzosoprano **María Luisa Tamez**.

La obra se detiene, no finaliza, pues nunca podrá agotarse, sólo se termina su representación de esta ocasión. El público aclama a los responsables de tan maravillosa experiencia, los hace salir varias veces, los saluda. Y tú, querido Zócalo capitalino, anfitrión gallardo, has sonreído contento. Puedes relajar tu faz de piedra y descansar hasta que los rayos dorados de la luminaria mayor te acaricien de nuevo. ●